

zarán de virtud en virtud, y verán finalmente al Dios de los dioses en la celestial Sión! ⁽¹⁾

9. Los tres grados para llegar á una vida sobrenatural.—Sin duda que son estos puros misterios. Nadie ha visto con los ojos del cuerpo como aquél, cuya alma estaba muerta, ha resucitado á la vida del espíritu. Sentimos profundamente lo que significa todo paso hacia atrás en el difícil y peligroso camino de la vida sobrenatural, pero nos es imposible expresarlo convenientemente. Todos podemos comprobar esto en nosotros mismos; todos podemos verlo con los ojos de la fe, pero es imposible explicarlo. Sin embargo, sería un error el creer que esta vida sobrenatural está oculta. Puede ocurrir que, en realidad, haya vida todavía en uno que no pueda dar de ella pruebas externas. Verdad es; sin embargo, jamás podremos borrar la inquietud de que pueda extinguirse. No es posible una vida vigorosa interna, sin que se manifieste al exterior. De esta manera, puede ocurrir también que la vida sobrenatural exista en un alma, sin que, no obstante, se manifieste al exterior. Ni siquiera es necesario, ni bueno, que se muestre siempre y en todas partes de un modo evidente. Importuno é imprudente sería que uno quisiese confesar ante el primero que se le presentase, y en todo momento, su fe de cristiano, de un modo oportuno ó no, aun allí donde no se le ofrece ocasión propicia para ello. Así, pues, no queremos condenar á nadie porque no veamos en él algunos signos de la fe cristiana. Pero tampoco queremos disimular que le consideramos con inquietud, cuando habla siempre únicamente del interior de su pequeño gabinete en donde vive solo con Dios. Allí donde hay vida vigorosa y salud floreciente, preciso es que se manifiesten al exterior por la energía y la alegría de hacer algo. ⁽²⁾ «Conozco tus obras; —dice el Señor— llevas el nombre de vivo, pero estás muerto.» ⁽³⁾ «Muéstrame tu fe sin las obras, y yo te mostraré mi fe con mis obras.» ⁽⁴⁾

(1) Psalm., LXXXIII, 6 y sig.—(2) Timoth., IV, 15; V, 25. II Cor., V, 11.
(3) Apocal., III, 1, 2.—(4) Jac., II, 18.

Se dice que el Cristianismo debe vivir en el corazón. Nada más verdadero que este principio. La vida reposa en el corazón. Si no existe en el corazón, no puede aparecer en la obra. Pero ¿qué vida es esa que se muestra incapaz de realizar una obra, de pronunciar una palabra? ¿Acaso no debemos inquietarnos por la vida allí donde no vemos ningún movimiento, ningún signo, por el cual se manifieste?

No, nadie buscará una vida celestial en un pecho donde jamás sonido alguno se eleve al cielo, en una lengua que permanece muda, cuando tiene obligación de confesar su fe, en las manos, en las rodillas, que hace ya mucho tiempo han olvidado lo que es una oración completa, en el corazón que no es capaz de sacrificio alguno por Dios, en los miembros que se muestran ineptos para toda práctica de piedad, para todo esfuerzo, para toda caridad, en la cabeza que evita todo pensamiento serio con relación á Dios y á las cosas externas; en una palabra, en una existencia en que, todo lo más en ciertas fiestas, penetra por fuerza un recuerdo de las obligaciones cristianas, cual perturbadora interrupción.

Pero ¿qué se necesita para la existencia de la vida sobrenatural, y cuáles son las notas por las cuales podemos reconocerla? El primer elemento necesario á la vida es la luz; su primer signo característico, el calor; su primer efecto sobre el mundo externo, la voz. Así, pues, la primera condición, sin la cual es imposible la vida sobrenatural, es la luz para la inteligencia. Ahora bien, he aquí que el mismo Dios, que en otro tiempo hizo brotar la luz de las tinieblas, ha iluminado nuestros corazones con la Revelación, y ha hecho brotar en ellos la luz que les permite conocerle. ⁽¹⁾

Por consiguiente, la aceptación de la fe es la luz de que depende la vida del alma. La fe nos muestra desde luego, por lo menos, el fin único que vale la pena de ser perseguido, y nos indica la vía que conduce á este fin tan elevado, su-

(1) II Cor., IV, 6.

perior á nosotros y al mundo. Una vez alcanzado este fin, se levanta la estrella de la mañana y llega el día, ⁽¹⁾ en que no tendremos necesidad de antorchas, porque Dios mismo será nuestra luz eterna y nuestra glorificación, ⁽²⁾ y porque, de este modo, la fe no será ya necesaria, por cuanto será transformada en visión. Entre tanto, la luz temperada de la fe, debe proteger nuestra débil vida, hasta que seamos suficientemente fuertes para soportar el resplandor de la luz divina, que todavía no podemos sostener. ⁽³⁾

Nadie expone una planta joven á una luz muy viva. La vida delicada de un débil vástago, prospera segura y constantemente en una luz temperada. Así, Dios, por precaución, ha puesto nuestra vida, tan delicada, en la luz crepuscular de la fe, y así es como ella germina en nuestro corazón. Por consiguiente, sin la luz de la fe, no puede desarrollarse la vida sobrenatural, como no puede hacerlo la vida terrena, sin una luz dulcificada. Una luz más viva que la de la fe, sería un obstáculo á su desenvolvimiento. Todo está dispuesto con la más alta sabiduría, de suerte tal, que el germen que la mano del jardinero ha depositado en nuestra alma, pueda lograr una vida vigorosa.

Pero es fácil reconocer las primeras manifestaciones de la vida. El primer signo que nos indica que comienza, es el calor. Lo mismo ocurre con el alma. ¿Quién no recuerda el fuego que nos penetró en aquellos felices primeros tiempos en que tan bien sentíamos en el fondo de nuestro corazón la diferencia entre la vida de los sentidos, que se desvanecía, y la celestial primavera, que empezaba á nacer? ¿Con qué gravedad cumplíamos entonces nuestros deberes! ¿Qué ardorosa devoción nos inflamaba, desde que uno de nuestros pensamientos se dirigía hacia Dios, y desde que un soplo de Él aleteaba en nuestro corazón! ¡Sí, eran demasiado hermosos aquellos días de bendición para

(1) II Petr., I, 19.

(2) Apocal., XXI, 23; XXII, 5. Is., LX, 19.

(3) Cf. Augustin., *Sermo*, 212, 1.

que no se acabasen nunca! De aquí nuestro dolor continuo por verlos desvanecidos. ¡Quiera Dios que no hayan terminado antes de tiempo por nuestra propia falta! ⁽¹⁾

Pero ellos deben hacer puesto á un grado más elevado de la vida. La madre no puede eternamente calentar á su hijo contra su seno. Para que llegue á ser vigoroso, debe alejarlo de sí y exponerlo á las influencias externas. Sin duda, el niño gemirá, pero esto será ya el comienzo de una nueva actividad de vida. Sus suspiros y sus llamamientos se cambiarán en balbuceos, y sus balbuceos en palabras. En lugar de calentarse con un calor extraño, el pequeño ser aprenderá con sus gritos, con sus movimientos, á producir calor por sí mismo. De este modo nos rechaza, por decirlo así, Dios igualmente de sí, al arrebatarlos el primero de los bienes; pero ello es necesario para que prospere nuestra vida. Gemimos y reclamamos el bien perdido en apariencia, y con esto damos el paso decisivo en la vida completa. El grito es la primera actividad de la vida llegada á su completo desenvolvimiento; el llamamiento á Dios, la oración, es la primera prueba de que la vida sobrenatural se ha desarrollado en nosotros para llegar á la autonomía.

Tras este comienzo tan rico en promesas, abrigamos la esperanza de que los otros signos de la vida se manifestarán poco á poco.

Ahora bien, la vida es el movimiento y la actividad; no una actividad obtenida exteriormente por la violencia, no una actividad consistente en movimientos convulsivos súbitos, sino una actividad tranquila, constante, que naturalmente proviene del interior.

La aplicación de esto á la vida sobrenatural se supone

(1) Un error relativo á la vida espiritual, particularmente difundido por Molinos, consiste en que esta piedad sensible no significa nada. Ciertamente no es la devoción misma, pero sí un medio que facilita la práctica de ella, y, por consiguiente, debémosla estimar bajo este concepto. Álvarez de Paz, *De vita spir.*, III, l. 2, p. 3, c. 2. Scaramelli, *Myst. direct.*, p. 3, tr. 6, c. 3, n. 8, 9. Schram, *Theolog. myst.*, § 69. Rogacci, *De uno necessario*, 3, 30. Bernard., *De circumcis.*, s. 3, 10. Thomas, 2, 2, q. 82, a. 4.

fácilmente. Lo que constituye la vida sobrenatural no es la preferencia por las singularidades, ni la erupción de un entusiasmo pasajero, ni la sabia discusión. Perseverar en la oración en medio de todas las frialdades; no omitir deberes ni prácticas ordinarias, aunque uno se crea abandonado de Dios; cumplir fielmente todas sus obligaciones, sólo por agradarle, sin confiar en la gratitud de los hombres, sin desear la recompensa divina; ser desconocido, odiado, perseguido; he aquí lo que es superior á hacer milagros y leer en lo porvenir, he aquí lo que constituye una vida verdaderamente espiritual y sobrenatural.

Cuando vemos un cristiano que sirve á Dios libre y alegremente, como un hijo amante, no como un esclavo que gime; cuando vemos un cristiano que vivifica, con su amor á Dios, al que siempre tiene presente, toda la práctica de sus deberes, como hombre, como ciudadano, como esposo, como padre, como dueño, como dependiente; cuando vemos un cristiano que trabaja en la perfección de su alma y en el cumplimiento de su obligación de orar, no preguntamos ya donde reina la vida sobrenatural; la hemos visto con nuestros propios ojos. Hemos visto la fe que obra en el amor, ⁽¹⁾ lo que equivale á describir en una palabra esta vida sobrenatural de que aquí se trata.

Así, pues, en resumen, esta vida tiene su raíz en la fe, germina en la devoción, obra desde luego en la oración, y se perfecciona en las obras, en los sufrimientos, en los sacrificios, que, según la ley de la fe, se practican con el espíritu de la caridad.

10. Los tres grados de la vida humana en general.

—Preciso es exclamar aquí con el profeta: «¡Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios y cuán inmenso el lugar de sus posesiones! ¡Es grande y no tiene fin; habita en el más alto de los cielos, y es inmenso.» ⁽²⁾ Y esta morada es tu morada; esta posesión te está destinada como herencia eterna. En verdad que no te conoces á ti mismo,

(1) Gal., V, 6.

(2) Bar., III, 24, 25.

ni comprendes tu grandeza, si tu vida tiene tan poco valor á tus ojos, y si tu esfera de acción te parece tan estrecha. Alza, pues, los ojos hacia arriba, mira en torno tuyo y dí si hay algo más grande que el destino que Dios te ha preparado, ese destino que consiste en vivir para Dios y para ti al mismo tiempo, en trabajar para el tiempo y para la eternidad, en trabajar para conquistar el cielo y la tierra.

La empresa del hombre ordinario es ya grande y difícil. ¿Qué es preciso, pues, para fundar, consolidar y completar la vida sobrenatural? Aun cuando uno dispusiese de la edad de Matusalén, no debería perder un minuto, si quisiera proseguir todas sus obligaciones hasta el fin. Sólo entonces empezaría para él una vida nueva aun más sublime, una vida sin defectos y sin ilusiones, una vida en el seno de la luz, una vida en la fuente del bien, á saber, la vida verdadera, la vida eterna. En comparación de esta vida futura, la vida de aquí bajo, la misma vida de la fe y de la gracia, no es más que una sombra. Y, sin embargo, no es más que la preparación de aquélla; y, sin embargo, el cielo no es más que la última etapa del camino que estamos recorriendo. Del mismo modo que actualmente empezamos en la carne la vida natural y la vida sobrenatural, así también celebraremos un día en el espíritu el complemento de esta vida.

Así es como todo se sostiene mutuamente. La naturaleza es la base fundamental; la gracia, el establecimiento y elevación de la naturaleza; la felicidad eterna, la trasfiguración y complemento de lo natural y de lo sobrenatural. La vida terrena es un refugio en nuestro viaje aquí bajo; la vida sobrenatural es el viaje penoso por el puente admirable que Dios ha construido con su propia mano para ir de aquí al cielo; la vida eterna es la toma de posesión de la patria en la casa de Dios. La existencia terrena se parece á la noche ó al crepúsculo; caminar en la fe se asemeja á la aurora, que tanto consuelo y dulce esperanza nos ofrece; en el cielo, caminamos en una luz que hace super-

fluos el sol y la luna. ⁽¹⁾ ¡Cuán felices debemos considerarnos, si logramos vivir bajo la dirección de Dios y según su voluntad! Como cristianos, vivimos por Dios, con Dios y en Dios; pero cuando entremos en la vida eterna, como ciudadanos, como hijos y como herederos de este reino, el mismo Dios será nuestro todo en todo, nuestra vida. ⁽²⁾

(1) Apocal., XXI, 23.

(2) Cf. Augustin., S. 297, 8.

CONFERENCIA XXI

LA VIDA DE LA FE

1. Felicidad que encuentra un niño católico en su fe.—El ser más feliz de la tierra es el que no conoce cuán feliz es. De aquí que envidiemos á todo niño católico. En verdad, no sospecha la felicidad que le envuelve. La luz de la fe se refleja en su frente y atrae sobre ella todas las miradas. El joven corazón que vive bajo las alas del amor materno, en un contento celestial, sabe todavía muy poco de la aldea que ha nacido, pero ya eleva su vuelo, lleno de infantil alegría, á la región de lo infinito, su patria definitiva. Juega tan familiarmente con los ángeles, como si fuesen sus hermanos. Como la abeja revolotea de flor en flor, así vuela el pequeño ser por los espacios celestiales, como por su propia casa, pregunta á todos sus habitantes ó les cuenta alguna cosa. Cuando ha terminado con los santos, corre hacia su Madre, la Reina del cielo y de la tierra, y cuando ha charlado hasta fatigarse, se duerme lleno de abandono á los pies de Dios, su Padre, en cuya vecindad se encuentra muy á gusto su corazón. ¡Cuán á sus anchas se siente allí! ¡Con cuánta buena voluntad quiere hacerlo todo, sufrirlo todo, con tal que un día pueda tan sólo reposar cerca de Él!

¡Oh edad feliz en que la fe vive y reina en el corazón! ¡Ah si jamás desapareciese, si todos pudiesen conocerla! Paz de la conciencia y felicidad del corazón; he aquí todo lo que el niño conoce en el candor de su fe. No tiene idea alguna de la reparación, de la disputa, de la división que en el corazón engendra la duda. Nuestros niños, nuestros